

Capítulo 9 – Hermanos – La Última Orellen

Hermanos

El primer recuerdo claro del niño era el rostro de alguien.

Tenía mejillas sonrojadas, una nariz pequeña y ojos brillantes del color de la miel. “Soy Tomas,” dijo el rostro. “Tomas Orellen. ¿Puedes decirlo? Vamos. ¡Tú puedes!”

El rostro sonrió. Manos sucias acariciaron suavemente las mejillas del niño. “To - mas. Es importante que lo recuerdes, ¿de acuerdo? Soy tu hermano mayor. Tengo diez años. Creo que tú solo tienes cuatro. Para mí, pareces de cuatro. Eso significa que soy mucho más inteligente que tú, y tienes que hacer lo que yo diga.”

El hermano mayor del niño hablaba mucho. Hablaba y hablaba mientras el niño parpadeaba, mirando a su alrededor. No había mucho que ver.

Estaban sentados juntos en una hierba muy alta, gruesa. La hierba era de color verde oscuro, dorado amarillo y marrón. Tomas llevaba una camisa azul sedosa que combinaba con el cielo.

“Tomas,” dijo el niño, probando el nombre tras considerarlo con cuidado.

Tomas exclamó con alegría. “¡Eso es perfecto! Soy Tomas, y tú eres mi hermanito.” Se golpeó la mano contra un pedazo de pergamino fijado en la túnica desgastada del niño con una aguja. “No sé si puedes leer, pero en tu etiqueta dice que tu nombre será Kalenerth. Pero eso es muy largo, así que deberías llamarte Kalen o Kal o Lenert.”

Hizo una pausa, como si estuviera esperando algo. Pero cuando el niño permaneció en silencio, dijo: “Kalen. Eso es lo que debes elegir.”

“¡Kalen!”, respondió el niño de buena gana.

Tomas sonrió radiante. “Kalen, eres un gran hermanito. Lo puedo ver. Ahora escucha. Hay muchas cosas que necesitas aprender antes de que te lleve de vuelta. No tenemos mucho tiempo. Si detectan que has desaparecido, no sé cuánto problema nos enfrentará. Así que tienes que esforzarte mucho y recordar todo, y si lo logras, te daré un chocolate.”

El niño tenía un segundo nombre. Era Orellen, igual que Tomas. Pero nunca debía decirlo a nadie. Eso era lo más importante que debía recordar. Si lograba recordar esa única cosa, recibiría dos chocolates.

Kalen Orellen aún no sabía qué eran los chocolates, pero Tomas había dejado claro que serían una recompensa extraordinaria.

Lo segundo que Kalen debía recordar, decía Tomas, era que él era uno de muchos otros niños. Tomas no sabía cuántos, pero era "definitivamente más de treinta" porque había visto esa cantidad en la habitación de donde robó a Kalen esa mañana.

Si Kalen recordaba esto, quizás no se sentiría tan solo cuando se separara de los demás.

"Porque... te están enviando lejos a todos," la sonrisa de Tomas se borró por primera vez. "Nos enviarán a lugares diferentes. Quizás ni siquiera vea a los nuevos gemelos, a Rella o a nuestros hermanos mayores por mucho tiempo. Nunca he estado separado de ellos, y nadie me lo dirá con certeza. Y los adultos también están dejando la Enclave. Excepto los tontos, según mi tío, porque no saben distinguir sus traseros de sus narices."

Tomas extrajo una piedra del suelo con los dedos y la lanzó hacia la pared de hierba que los rodeaba. "Tenemos que escapar porque magos y hechiceros malos de otras familias pronto nos buscarán. Tal vez incluso algunos brujos. Quizás incluso un Magus."

Le dirigió a Kalen una mirada severa. "Por eso tus nuevos hermanos y hermanas menores no deben saber quién eres. Por eso ni siquiera deberíamos encontrarnos. Para que yo no te conozca a ti, ni tú a mí, y si alguien nos descubre, nunca podremos delatar a los demás".

Interpretar la expresión "delatar", implicaría enviarte directamente al pozo más oscuro del inframundo.

"Muriría primero", afirmó con seguridad. "¡Como debe hacerlo un hermano mayor! Se lo dije, pero aún así no me permitieron conocerlos a ustedes. Por eso tuve que llevármelos a escondidas".

Kalen, mordiendo el primer trozo de chocolate prometido, se sentía feliz de tener a un hermano mayor tan valiente y generoso. Esforzó aún más su memoria para recordar todo lo que Tomas le decía.

Los Orellen eran una familia de gran importancia. Una familia cuyos hijos nacían casi siempre con algún tipo de magia, aunque no fueran los más poderosos. Un día, Tomas sería capaz de crear agujeros en el aire lo suficientemente grandes como para que pasaran elefantes.

"¡Los elefantes son grandes, sabes!", exclamó. "Son más grandes que veinte hombres juntos".

"¿Podré hacer eso también?"

Esta era la frase más larga que Kalen había pronunciado hasta entonces. Tomas pasó un rato alabándolo antes de responderle.

"¡Estoy seguro de que sí! Si estudias mucho de verdad. Supongo que no podrás usar los archivos de nuestra familia ni la escuela... pero seguro que te enviarán a algún lugar donde tengan esas cosas. Asegúrate de aprender a leer, ¿vale? Ya deberías haber empezado".

En una familia de practicantes, todos saben leer. Tomas decía que nunca había conocido a alguien que no pudiera, salvo a los bebés.

Tomas continuó hablando con Kalen sobre algunos de sus hermanos y hermanas. Los que no eran nuevos como Kalen. Por alguna razón, no querían conocer ni a Kalen ni a los otros como él, pero Tomas pensaba que estaban siendo casi tan tontos como las personas que confunden su nariz con su trasero.

"Eres mi hermanito, y te quiero", declaró Tomas tan fuerte que su voz sorprendió a un pájaro que salió volando de la hierba. Se elevó y se alejó en el cielo azul, trinando alarmado.

"Yo también te quiero", dijo Kalen.

La respuesta fue automática. Sentía como si ya se la hubiera dado a alguien muchas veces antes. Pero, ¿a quién?

Su hermano Tomas era la única persona que conocía.

Las mejillas de Tomas se enrojecieron. "Bien. Ahora cuéntame todo lo que recuerdes, y quizás te dé tres chocolates".

Horas después, Kalen despertó con el susurro silencioso de la conversación.

Estaba acostado en su esterilla, en la habitación en la que Tomas lo había devuelto. Era un espacio amplio, lleno de mesas, sillas y lámparas de cristal de colores. Contaba con un suelo de madera pulida y ventanas con cortinas que no podían abrirse. Kalen había escuchado a uno de los adultos llamarla "el estudio de los mayores" cuando estaban desenrollando las esterillas esa noche.

Había habido otros niños aquí. Algunos eran más pequeños que Kalen, pero la mayoría eran mayores. Muchos de ellos sabían hablar, pero al no haber conocido a Tomas, pocos tenían algo que decir.

Por un tiempo, todos jugaron juntos con una caja llena de pelotas y muñecos de madera en un rincón.

Era aburrido. A Kalen no le gustaba.

Ninguno de estos hermanos y hermanas era tan fascinante como Tomas. La única actividad interesante en el estudio de los Mayores era observarlos a todos y notar sus diferencias. Algunos tenían el cabello oscuro, otros rubio o pelirrojo. Uno tenía la piel marrón oscura, y otro era tan pálido que parecía brillar a la luz de la lámpara. Los demás se situaban en un punto intermedio.

Juzgando por la apariencia de la parte trasera de sus manos, la piel de Kalen estaba exactamente en el punto medio. Sacó algunos mechones de su cabello y descubrió que era de color rubio oscuro. Lo sostuvo bajo una de las lámparas para examinarlo.

—¿Por qué es así? —preguntó una de sus hermanas, asomándose por su hombro.

Era una niña regordeta, con los dientes frontales ausentes. Kalen no conocía su nombre. Ninguno de ellos podía leer sus propias etiquetas.

—¿Cómo qué? —inquirió.

Ella hizo un gesto en espiral con su dedo. —¿Por qué tu cabello es tan redondo?

—Es rizado —respondió.

—Ah —dijo ella, de repente con expresión iluminada—. Ah, sí. Conozco esa palabra.

Aparentemente fascinada, tomó su cabello sin preguntar. Pero Kalen no protestó. Ella era mayor que él.

Mientras se comparaba con sus hermanos y hermanas, descubrió que no parecían estar tan bien arreglados como ellos. Incluso al juzgarse por los que estaban más cerca de su propia altura, se sentía insuficiente. Sus brazos y piernas eran más delgados que los de los demás. Cuando perseguía las pelotas, se agotaba en pocos momentos. A veces, sus manos temblaban sin que él lo quisiera.

Una palabra vino a su mente para describirse: enfermizo. Pero no estaba seguro de si era una palabra real o si la había inventado.

Durante todo el día, sus oportunidades de comparación desaparecieron. De vez en cuando, un adulto se acercaba por uno de los niños, quienes debían dejar atrás sus juguetes.

Y una vez que abandonaban el estudio del Anciano, no volvía a verlos.

Cuando Kalen se durmió, quedaban siete de ellos, pero ahora, al mirar alrededor de la habitación tenue, vio que estaba solo, salvo por los dos adultos que lo habían despertado con sus susurros.

—Aún no ha tenido tiempo de terminar el adivinamiento —dijo la mujer—. ¿No deberíamos, al menos, decírselo antes de enviarlo lejos?

—Iven está casi muerto de agotamiento, Elyna —dijo el hombre—. Déjalo dormir mientras pueda. Casi terminó el proceso cuando colapsó. Dijeron que lo habían reducido a tres. Tiene que ser suficiente. La evacuación de la familia empieza al amanecer, y los niños deben estar fuera antes de entonces.

—Bueno, al menos déjame que vaya yo a buscar al niño —propuso Elyna—. Tú hiciste llorar al último.

—Hmmp... No es mi culpa que no haya tenido tiempo de recortar mi barba en unas semanas.

Se acercaron pasos suaves al tapiz de Kalen.

—¡Oh! —exclamó la anciana al verlo sentado allí con los ojos muy abiertos—. Bueno, supongo que estás listo para irte, ¿verdad?

¿Dónde está Tomas? —pensó Kalen—. Quiero despedirme de Tomas.

Pero no pronunció las palabras. Colocó su mano sobre el bolsillo oculto que su hermano mayor había cosido en el interior de su camiseta y recordó. Jamás debía decirle a nadie. Lo había prometido.

Y los que rompen promesas van a la peor cochera del infierno para vivir con las ratas.

—Ven, niño —dijo Elyna, extendiendo la mano para levantarlo del tapiz—. Hoy es un día muy especial. ¡Es tu cumpleaños! Todo comienza para ti en este preciso momento.

Revision #1

Created 26 April 2026 04:40:53 by Alice Johnson

Updated 26 April 2026 04:40:56 by Alice Johnson